

Invisibles como el espíritu del viento vuelan las águilas sobre nuestras cabezas. Yo las veo a veces, posadas en el poste de Elm de madrugada o perdiéndose bosque adentro, al atardecer. Hay una que planea temprano monte abajo, cruza la carretera, vuela raso sobre nuestros tejados y bate alas remontando hacia el otro lado del río, desde donde llega el traqueteo de la planta de la River Sands, un sonido que cambia con el viento, pero que siempre está ahí. Si tienes suerte y alguien te invita a cenar al Country Club, entre el tintineo de cubiertos y copas, por el ventanal puedes ver, más allá del hoyo siete, el resplandor de los focos iluminando el turno de noche. Algunos vecinos, ancianos o padres primerizos, se siguen quejando del ruido, pero en el laberinto administrativo del condado de Hamilton los trámites discurren sin prisa.

Desde la ventana de vuestro cuarto veo en la penumbra la camioneta de Frank Hagen al ralentí. Una, dos, tres, su casa es la cuarta a la izquierda. En invierno Frank madruga para esparcir sal por calles y aparcamientos y quitar la nieve acumulada durante la noche. Su camioneta expulsa cristales azules por el depósito atornillado atrás mientras por delante la pala hidráulica arroja la nieve a los lados de la carretera.

Cuando llegamos aquí, a este mundo nuevo y desconocido, Frank y su mujer, Linda, nos ayudaron ofreciéndonos su hospitalidad y acogiéndonos a tu hermana y a ti por las tardes después del cole, hasta que mami o yo llegábamos a casa, aunque a ella nunca le gustó que pasarais tanto tiempo con sus hijos. «Cinco minutos más porfa», susurras desde la cama. En cuanto amanece sobre su tejado y el sol incendia las copas peladas de su lado de la calle, bajo deprisa para quitar la cafetera del fuego y ver desde la cocina cómo se tiñen de rojo también las del nuestro. Después bajáis las dos. Tú distraes unas oreos en el tazón de leche mientras ella unta una tostada. Tú retuerces entre los dedos una goma del pelo mientras ella bebe su zumo. Tú te vas al cole mochila al hombro protegiendo tus secretos con un gruñido malhumorado mientras ella te sigue con la suya, en silencio. Espero que Frank tenga suerte y le concedan el crédito que necesita. Es un buen tío.

Friego mirando las ramas tronchadas por el viento, tendidas sobre la nieve como signos de puntuación en una hoja en blanco. Veo las huellas dejadas durante la noche por los conejos, junto a la valla, al abrigo de búhos y lechuzas. El jardín tiene una vida fascinante que me hubiera gustado poder compartir contigo este invierno, chiqui, y espiar juntos a los animales nocturnos, pero ahora, después de lo que pasó anoche, ya no es posible. Cierro el grifo y me seco las manos con cuidado, sentado frente al corazón de chinchetas de colores que hiciste al llegar aquí, en el corcho de la cocina. Las tengo asquerosas de tanto montar muebles de Ikea en nuestro nuevo hogar, de tanto rozarme las ampollas y los sabañones en los bolsillos del vaquero y de tanto remojar me las llagas en grasa y detergente cada mañana. Me las vendo despacio y tomo algo para la resaca. Anoche bebí y hoy tengo el alma como el puto fregadero. He vuelto a soñar con puertas solitarias que se me ofrecen para atravesar su umbral y desaparecer

por ellas. La de esta noche era la de un remolque caravana plantado en medio de la nieve, plateado, deslumbrante. En el sueño el aire soplaba metálico. La casa huele a café frío. Después de lo de ayer, lo mejor será acercarme a casa de los Hagen y tener un gesto con ellos, aquí hay que guardar las formas. Les haré una tortilla de jalapeños. Como en la nevera no quedan ni huevos ni jalapeños ni cervezas ni nada, me voy al supermercado.



Cuando enciendo el motor veo más huellas en la nieve alrededor de la basura e imagino al merodeador hambriento husmeando en busca de los restos. Un mapache, una zorra, lo que sean. Espero a que se caliente este cacharro de segunda mano recordando tu cara radiante anoche, cuando vinieron a buscarte tus amigos. ¡Por fin! ¡Hacía tanto tiempo que no salías con ellos! Apartar los deberes y bajar a saltos la escalera fue todo uno. Allí estaba Scott, el pequeño de los Hagen; y Holden, el tirillas de pelo a lo estrella del pop que te ronda y que hasta ahora no se había atrevido a asomar la jeta aquí dentro. Y también Sean, el mayor de los Hagen, con un amigo. «Claro que te doy permiso, chiqui, anda, sal y disfruta». Me abrazaste a escondidas, te calzaste tus botas nuevas y salisteis los cinco en busca de Gwen, la que disimula su ortodoncia y sus espinillas a base de capas de maquillaje, y de Sandy, que se pasa las tardes en casa de Gwen y va para tía buena de la pandilla. Arranco y conduzco despacio por la carretera sobre las bolitas de sal azuladas, los regueros de agua y las alimañas aplastadas. Paso junto a un ciervo atropellado y reventado entre la nieve apilada en el arcén. ¿Te acuerdas de nuestro ciervo? Una mañana de nuestro primer otoño aquí fuimos a pasear temprano junto al río y surgiendo de entre la maleza

apareció ante nosotros un ciervo joven y majestuoso, fuerte y delicado. Se paró para observarnos un segundo y de un salto, ciervo de cola blanca, se hundió en la niebla. Fue un instante mágico.

Pero anoche, cuando quise darme cuenta, ya estabas de regreso. Te escuché subir corriendo las escaleras en busca de tu hermana. Escuché sus gritos en cuanto empezó la pelea. Otra vez. Algo debía de haberte pasado con la pandilla, pero me dio igual, porque cuando aparecí en vuestro cuarto tú ya destripabas con unas tijeras su peluche favorito, el que la había acompañado en nuestro viaje hasta aquí. Me hirvió la sangre, se me nubló la mente como siempre y estallé. Aún retumban en mi cabeza los gritos mientras empujo el carrito en el supermercado. «¡Ni por favor por favor papá ni hostias! ¡No, no hay perdón que valga, no hay papá por favor! ¡Y no llores, no llores y no me grites, hostias!», te gritaba zarandeándote. Algo debía haberte pasado, sí, pero de eso mi mente no quería saber nada. En el supermercado suena una melodía tintineante, con campanillas y cascabeles, pero no la oigo, porque ahora estoy parado, viendo en la puerta de una cámara frigorífica el mismo reflejo de anoche en el cristal de vuestra ventana, el rostro de un ser furibundo rugiendo en vuestro cuarto. Mi rostro.

Cargo la compra en el coche y como aún es pronto enciendo la radio y regreso dando una vuelta por el otro lado del río. Bajo el puente, una barcaza se abre camino despacio entre el vapor que desprende el caudal y los bloques de hielo que se arrastran corriente abajo. En la emisora hablan de la sonada victoria del equipo local contra los Ravens, pero lo que yo escucho es tu voz. «Papi, me das miedo», dijiste antes de escaparte. Me acertaste de lleno y me quedé allí paralizado, mirando desde la puerta de casa cómo desaparecías en la oscuridad, escuchando tus pasos en la nieve y tu llanto llegando a

través del aire que soplaba helando los porches. Me quedé allí hasta que sólo quedó el zumbido de la procesadora de la River Sands y entré.

Tienes razón, chiqui, no puedo dejar que la ira me nuble el pensamiento, cambie mi cara y te asuste. No puedo dar golpes, ni gritar, ni obligarte a soportarlo. Os he dado miedo a tu hermana y a ti demasiadas veces. Como el día que te arrepentiste de haberle pegado demasiado tarde, o cuando no conseguí ese trabajo que tanto necesitábamos y os machaqué con mi frustración y mi rabia hasta haceros sentir indignas.

Tras el puente, la carretera serpentea entre lomas arboladas, naves industriales, casas solitarias, comercios, explotaciones agrícolas, lo que sea. Paso junto a los almacenes de sal, que emergen a los lados redondos como platillos volantes abandonados en la nieve por sus tripulantes. Paso junto al «Citylights», el único bar de los alrededores donde tomarse una copa con Frank por las noches. La radio empieza a chirriar y cambio de emisora. Paso junto al vivero, que en esta época del año sólo vende ornamentos de piedra para jardín, fuentes, enanitos, ángeles, vírgenes, todo expuesto junto a la carretera en filas cubiertas de nieve. Todo petrificado, todo muerto. En la radio hablan del acosador que merodea por los colegios del condado y que tiene en vilo a la población local. Paso por un tramo sinuoso dejando atrás una salida, y otra y otra más. Tras cada curva los desvíos dibujan nervaduras de asfalto que se ramifican por entre el immaculado dominio blanco, el laberinto donde caza el águila.

«Papi me das miedo». Como el que os di la noche que sonó el teléfono y era mami llamando desde un bar donde se tomaba una copa con los compañeros del trabajo. Al colgar descargué la tormenta cuando intentabas que tu hermana no me molestara con sus carantoñas. «Shhh... calla, que papi se va a enfadar», le decías intentando evitar lo inevitable. Sorbiéndoos las

lágrimas me confesasteis después que os daba miedo quedarnos a solas en vuestra propia casa, con vuestro propio padre, conmigo. En la radio suena ahora Supertramp. En la orilla del río yacen apiladas las canoas del área recreativa, canoas que las familias alquilan en verano, cubiertas ahora también de nieve. «Papi me das miedo». Me gustaría poder olvidar la primera vez, Dios mío, cuando dándote la papilla cucharada a cucharada, siendo tú aún un bebé, me desesperaste y hasta yo mismo me asusté al escuchar esa bestia temible y cobarde salir rugiendo de mi interior, tensando mis músculos, erizándome el cabello, gobernando sobre mis rasgos y cebándose con una víctima débil, indefensa, inocente, sentada en una trona forrada de hule. Contigo.

Se me empañan los ojos y cuando la sal de las lágrimas me llega al paladar tengo que parar, justo al pasar frente a la planta de la County River Sands, una inmensa explanada con pirámides terrosas coronadas de nieve, con cintas transportadoras arrojando arena y tierra sobre los montones, entre volquetes y excavadoras que van y vienen, entre casetas por las que trajinan hombres con las manos enfundadas en gruesos guantes. Apago el motor y dejo los intermitentes puestos, tic tac, tic tac, ese tintineo metálico, tic tac, tic tac. Las manos doloridas me palpitan bajo los guantes, pegados ya al vendaje de tanto apretar el volante.

¿Recuerdas el día que llegamos? Max, el perro de los Hagen se metió en casa mientras descargábamos las cajas y así conociste a Scott, que llegó en su busca. Él te presentó a los demás y a los pocos días ya pasabas de jardín en jardín como una ardilla. Te dejaron una bici vieja que llevasteis a arreglar y con ella ya podías ir al parque, a la tienda de la carretera o incluso, pasada la antigua vía del tren, hasta el canal. Poco importaba que no hablaras el idioma, la empatía de la inocencia bastó para que encajaras. Y después encajó

también tu hermana, aunque a ti no te hacía gracia tener que compartir tu nueva pandilla con ella. Para septiembre, cuando se celebró la fiesta de final del verano, ya conocías a todo el mundo y te perdías entre la multitud haciendo cola en las atracciones o enseñando a tus amigas la bolsa de agua con un pez que te ganaste de premio explotando globos con un tira-chinas. Hacía un día radiante, humeaban las hamburguesas en la parrilla, el aire caliente agitaba los banderines tendidos desde la pérgola del parque y la chavalería disfrutaba enloquecida de la fiesta. Al pez le pusiste «Bubbles».

En la planta ha finalizado el turno de noche y los hombres van saliendo. Uno se aparta de los demás, se quita los cascos de insonorización y se despide del guarda. Lleva gorro de lana, gafas oscuras y barba y se sube a una vieja Explorer. Él también atiende a la descripción del acosador que han dado por la radio. El sospechoso puede ser cualquier trabajador honrado, con los mismos problemas y preocupaciones que todo el mundo: una madre enferma, un trabajo de mierda, demasiadas facturas o simplemente nadie en casa a quien contarle ni lo del insomnio ni todo lo demás. Arranca y se marcha confundido con el resto de vehículos que transitan dibujando rastros bajo la nieve. Arranco.

¿Y tu primer baile aquí? Seguro que no lo has olvidado. Justo cuando ibas a sentarte a descansar en un banco con tus amigas, sonó una lenta y Holden, el tirillas, se acercó, rojo como un tomate, y te pidió el baile. Las centellas luminosas de la bola de discoteca convirtieron la penumbra del gimnasio en un universo mágico que por fin giraba a tu alrededor. Suspiraste tan hondo sobre su hombro que desde entonces, las tardes que el chaval acaba rápido los deberes, se las pasa calle arriba, calle abajo, en patín, en bici, botando un balón, corriendo, caminando solo o con Scott y te invita a jugar al baloncesto, a bañar a su perro, a buscar ranas al canal. Hasta